

Recibido en: 11/11/2011
Aceptado en: 15/06/2012

UNA NUEVA TORRE PARA LA CATEDRAL DE VALLADOLID (1841-1885)

A NEW TOWER FOR THE CATHEDRAL OF VALLADOLID (1841-1885)

FRANCISCO JAVIER DOMÍNGUEZ BURRIEZA

Universidad de Valladolid

Resumen

En 1858 surgió con fuerza la idea de construir una nueva torre para la Catedral de Valladolid que sustituyese a la derruida en 1841. Varias fueron las opciones que dieron los distintos arquitectos para tal fin, lo que dio lugar a un debate sobre la intervención en el edificio de Juan de Herrera. Con este trabajo quedan documentadas las acciones determinantes sobre la futura torre de la catedral hasta su proyección final, a partir de 1885.

Palabras clave

Catedral de Valladolid. Intervención arquitectónica. Siglo XIX. Jerónimo Ortiz de Urbina.

Abstract

In 1858, the idea of building a new tower for the cathedral of Valladolid arose strongly. It had to substitute to the demolished tower in 1841. Several options were proposed by different architects for this aim. It gave rise to a discussion about the intervention in the building of Juan de Herrera. With this work, the most important actions about the future tower of the cathedral are documented to its final projection, starting on 1885.

Keywords

Cathedral of Valladolid. Architectural intervention. 19th century. Jerónimo Ortiz de Urbina.

1. UN ARQUITECTO PARA RESTAURAR LA TORRE DE CAMPANAS DE LA CATEDRAL DE ORENSE (1861). SU RELACIÓN CON VALLADOLID

En marzo de 1861 el Deán y el Cabildo de la catedral de Orense decidían informar, detalladamente, acerca del estado de conservación en que se hallaba la torre de su templo metropolitano. Las declaraciones vertidas en su informe eran absolutamente demoledoras y no desentonaban con los dictámenes emitidos por los Arquitectos Provinciales de Orense y Pontevedra tiempo atrás, en los cuales se afirmaba la inminente ruina de la torre y la necesidad de su derribo¹. Desde hacía años, su situación se había convertido en un problema enquistado para la Diócesis. En este sentido, en 1855 un grupo de ingenieros de caminos de Orense confirmaba “los indicios de próxima caída” y la absoluta desvinculación de aquel cuerpo de profesionales sobre el asunto dado que, según ellos, la facultad para resolver sobre el estado de la torre correspondía “exclusivamente a la Arquitectura civil”². Desde el Obispado, en unión con el Gobernador Civil, se iniciaron las gestiones necesarias para la reparación. Considerando lo prevenido en el Real Decreto de 19 de septiembre de 1851, las autoridades eclesiásticas decidieron nombrar a un arquitecto que llevase a cabo el proyecto de restauración en todos sus aspectos. La elección ni mucho menos se realizó al azar. Analizada la situación, se concluyó que “después de haber tomado noticias en varios puntos acerca de los Arquitectos de más crédito por su notoria capacidad, honradez y conciencia” (tal y como prescribía la citada Real Orden de 19 de septiembre de 1851), el técnico idóneo era Jerónimo Ortiz de Urbina, presentado como arquitecto por la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando y catedrático de la Escuela Profesional de Bellas Artes de Valladolid. Éste, que años más tarde proyectaría obras tan importantes para la arquitectura española del XIX como el famoso *Pasaje de Gutiérrez* (Valladolid, 1884-1886) o el colegio de San José (Valladolid, 1881-1888), debía encargarse, primero, de reconocer la torre y, después, de formar el presupuesto de gastos, así como de levantar, si fuese necesario, el plano de las obras a realizar³. El

¹ Archivo de la Catedral de Orense (en adelante ACO), Torre de campanas (reparación), caja 290, 26 de marzo de 1861. El informe de José María Ortiz (años más tarde Arquitecto Municipal de Valladolid), Arquitecto Provincial de Pontevedra, y Juan Redecilla, Arquitecto Provincial de Orense, se encuentra, como también el plano que mostraba el estado de la torre, en *Id.*, 7 de marzo de 1861. Puede consultarse también HERVELLA VÁZQUEZ, J., “La catedral barroca”, en *La Catedral de Orense*, León, Edilesa, 1993, p. 142; BARRIOCANAL LÓPEZ, Y., “La torre de las campanas de la catedral de Ourense”, en *El comportamiento de las catedrales españolas. Del Barroco a los Historicismos*, Murcia, Universidad de Murcia, 2003, pp. 72 y 73 y “Torres y campanas de la catedral de Ourense. Datos histórico artísticos”, en *Homenaje a profesora Lola F. Ferro: estudios de Historia, Arte e Xeografía*, Vigo, Universidade de Vigo, 2005, pp. 83-85.

² ACO, Torre de campanas (reparación), caja 290, 26 de marzo de 1861. Sobre la actuación pericial de los ingenieros véase BARRIOCANAL LÓPEZ, Y., *ob. cit.*, p. 71.

³ El Real Decreto de 19 de septiembre de 1851 regía la tramitación de la documentación referente a la construcción o reparación de las iglesias parroquiales. Con éste se modificaba el anterior Real

Gobernador de la Provincia apoyó la elección⁴, y poco tiempo después la propuesta de nombramiento llegó a manos de Ortiz de Urbina⁵ (fig. 1).

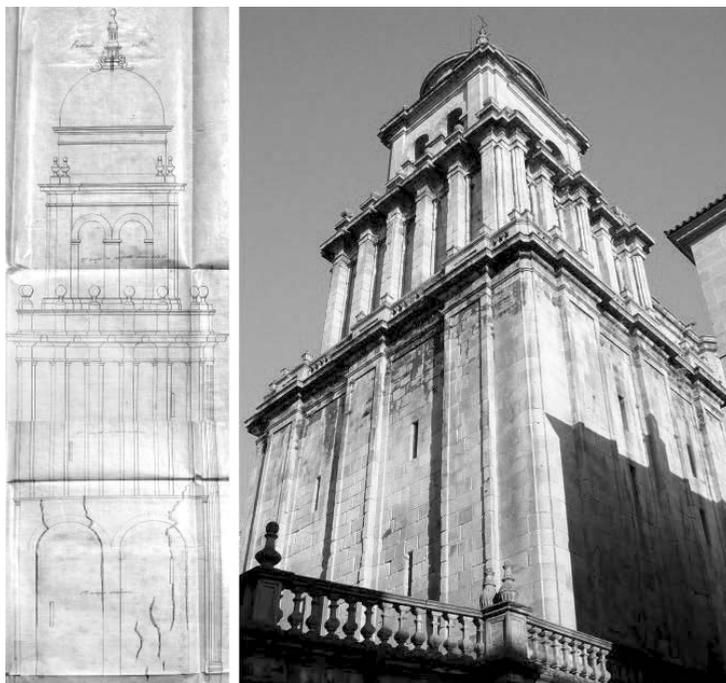


Fig. 1. *Proyecto de restauración de la torre de campanas de la catedral de Orense y estado actual.* Jerónimo Ortiz de Urbina. 1861-1863. Archivo de la Catedral de Orense y elaboración del autor.

Decreto de 4 de diciembre de 1845. De hecho, su artículo 9.º establecía lo siguiente: “Cuando la obra excediese en su presupuesto de 2000 rs. ó hubiere de verificarse en iglesias que radiquen en las capitales ó grandes poblaciones de provincia, ó pudiese comprometer al mérito arquitectónico de los templos donde quiera que existan, aunque no excediese de dicha suma, el diocesano, de acuerdo con el Gobernador de la provincia, designará un arquitecto que pase á examinar su estado, forme el presupuesto de gastos, y en caso necesario levante el plano de las obras que se hubiesen de efectuar, arrojándose en este punto á cuanto está encargado á la Academia de San Fernando”. *Gaceta de Madrid*, 9 de octubre de 1851, p. 1. Estos fueron, exactamente, los pasos que se siguieron a la hora de contratar los servicios de Ortiz de Urbina.

⁴ ACO, Torre de campanas (reparación), caja 290, 15 de abril de 1861. Fecha dada por primera vez por HERVELLA VÁZQUEZ, J., *ob. cit.*, p. 142.

⁵ ACO, Torre de campanas (reparación), caja 290, 20 de abril de 1861. Sobre el proyecto realizado por Ortiz de Urbina (7 de mayo de 1861) y la exitosa ejecución de las obras (a falta de la instalación de un pararrayos, recomendado por Ortiz de Urbina y que llegó en julio de 1865 - ACO, torre de campanas (reparación), caja 290, 10 de enero de 1885-, las obras ya habían concluido antes de finalizar el año de 1863), puede consultarse DOMÍNGUEZ BURRIEZA, F. J., *Jerónimo y Antonio Ortiz de Urbina: vida y obra*, T. I, Tesis Doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2009, pp. 404-408.

¿Por qué se eligió a Ortiz de Urbina para desempeñar un trabajo de tales características? La respuesta la tenemos en algunos documentos que sobre las obras de la torre se conservan en el Archivo de la Catedral de Orense. Uno de ellos es el informe emitido por los Arquitectos Provinciales de Pontevedra y Orense, en el que se recordaba el interesante y a la vez ímprobo debate surgido en determinados puntos de la geografía española entre las autoridades civiles y las eclesiásticas desde el punto de vista de la restauración de los templos⁶. Dicho informe destacaba, por encima de todo, el derrumbe de la torre de la catedral vallisoletana, hacía ya 20 años.

2. PRIMERAS IDEAS PARA LEVANTAR UNA NUEVA TORRE EN LA CATEDRAL DE VALLADOLID

El caso vallisoletano se había convertido en un ejemplo de funestas consecuencias, algo que se intentaba evitar, por todos los medios, en Orense⁷. A las cinco menos cuarto del 31 de mayo de 1841 se produjo, según relató Sangrador Vitores entre otros historiadores locales, el desplome del ángulo occidental de la torre de la catedral de Valladolid⁸. Aunque pronto comenzó a pensarse en construir una nueva, las dificultades y el miedo a que le ocurriera, por razones desconocidas, lo mismo que a la antigua, hizo que los trabajos a llevar a cabo no se decidieran y ejecutasen hasta pasados muchos años. Es más, tal desgracia originaría, como señala Iglesias Rouco, “una decisiva actitud renovadora” de los templos más importantes de Valladolid⁹. Un cambio de imagen, además, para una antigua ciudad que comenzaba a ver cómo desaparecían algunas iglesias y conventos en favor de un nuevo tratamiento urbanístico que se consolidaría durante la segunda mitad del siglo XIX¹⁰, tiempo en que se desarrollaron las obras de la nueva torre de la catedral.

⁶ ACO, Torre de campanas (reparación), caja 290, 7 de marzo de 1861.

⁷ *Ibid.* De hecho, el suceso todavía fue más conocido gracias a la divulgación de un grabado de la época, una xilografía de Vicente Castelló y González que se incluyó en el *Semanario Pintoresco Español*, tomo IV, 1842, p. 5 La xilografía ha sido citada también en VV.AA., *Valladolid: grabados y litografías*, Valladolid, Grupo Pinciano, 1988, p. 40.

⁸ SANGRADOR VITORES, M., *Historia de la Muy Noble y Leal Ciudad de Valladolid, desde su más remota antigüedad hasta la muerte de Fernando VII*, t. II, Valladolid, Imprenta de D. M. Aparicio, 1854, p. 150. Los datos puntuales aportados por los diferentes historiadores locales y algunos documentos hasta el momento inéditos sobre la caída de la torre se estudian, más detenidamente, en LUENGO SÁNCHEZ, J., *El nacimiento de una ciudad progresista: Valladolid durante la regencia de Espartero (1840–1843)*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 2005, p. 39.

⁹ IGLESIAS ROUCO, L. S., *Urbanismo y Arquitectura de Valladolid. Primera mitad del siglo XIX*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 1978, p. 74.

¹⁰ *Id.*, pp. 74-78; VIRGILI BLANQUET, M. A., *Desarrollo urbanístico y arquitectónico de Valladolid (1851-1936)*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 1979.

Entretanto, la idea surgió con verdadera fuerza en 1858, cuando el Arzobispo de Valladolid y el Ministro de Gracia y Justicia, Joaquín José de Casaus¹¹, “quedaron conformes en que de pronto y sin perjuicio de hacer después otra más suntuosa se construyese una torre de Campanario sencilla, pero sólida y de buen gusto artístico, donde puedan colocarse con la debida separación las campanas necesarias para el servicio de la Catedral”¹². Según se había convenido, las obras durarían uno o dos años, y el coste de las mismas sería de unos ocho o diez mil duros, cantidad que el Ministro no tendría inconveniente en salvaguardar de los tres millones de reales que se disponían del presupuesto eclesiástico para la reparación extraordinaria de templos. Debemos señalar que lo convenido con Casaus se mantuvo, al menos de palabra, por su sucesor en el cargo¹³. Y es que las obras de la definitiva se antojaban grandiosas. Se calculaba un gasto nada menos que de dos millones de reales “para edificar otra torre tan bella y magnífica como la antigua que se desplomó [...] la cual, con efecto, puede verse terminada antes de 1870”. Por ello, se barajó la opción de construir una torre de ladrillo¹⁴.

Según una carta anónima dirigida desde Toledo, en 1841 se había calculado en un millón y medio de reales el coste de la construcción de una nueva torre¹⁵. Tiempo después, antes de que terminase el año de 1858, el canónigo Esteban Ledesma indicaba que la inversión ascendía ya a dos millones y medio. La elevada cantidad hizo reflexionar al canónigo, que propuso entonces la construcción de una torre de ladrillo y aprovechar el dinero restante para concluir el crucero de la catedral. Mientras tanto, según éste, se podía hacer uso de la torre campanario de la colegiata, elevando tan sólo un segundo cuerpo sobre el primero, “en buena construcción”¹⁶. El Arquitecto Municipal, Vicente Miranda, opinaba que la propuesta no era viable, puesto que una torre de tales características “de ninguna manera puede ser digna del suntuoso edificio donde ha de colocarse, tanto por sus pequeñas dimensiones, cuanto por la calidad de los materiales que habían de emplearse en ella”. Además, entendía que en cuanto el proyecto se presentase a la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, éste sería “desechado completamente”. El arquitecto admitía que en un principio él había propuesto realizar una torre provisional de ladrillo, aunque ésta “sin más elevación que la precisa para que las campanas pudiesen jugar con el desahogo necesario”. En

¹¹ Ocupó el cargo hasta el 14 de enero de 1858. BLEIBERG, G., *Diccionario de Historia de España*, vol. I, Madrid, Alianza Editorial, 1979, p. 765.

¹² “Legajo ó Cuaderno donde se van reuniendo los datos, noticias y antecedentes relativos á la Torre que ha de construirse en esta Santa Iglesia Metropolitana de Valladolid”, Archivo de la Catedral de Valladolid (en adelante ACVa), Torre de la Catedral, 4 de febrero de 1858.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ “Legajo o Cuaderno...”, ACVa, Torre de la Catedral, 1 de marzo de 1858.

¹⁶ *Id.*, 29 de noviembre de 1858.

ningún caso “hacer una cosa que guardase la debida proporción arquitectónica” con la catedral¹⁷. Efectivamente, poco antes de que éste tomara posesión del cargo de Arquitecto Municipal ya había afirmado la posibilidad de construir “en esta Santa Iglesia Metropolitana con diez mil duros una Torre de campanario sencilla y bastante sólida para atender provisionalmente y de una manera decorosa á las necesidades del culto divino”¹⁸. Pero lo declarado por Miranda era muy diferente del deseo pronunciado por el canónigo Ledesma, por lo que el arquitecto proponía ahora invertir “en una parte de la construcción de la verdadera Torre”. Ésta debía contener “un aparato de hierro o madera para colocar tres ó cuatro campanas”, con lo que resultaría fácil su elevación, y con ello el funcionamiento ininterrumpido de las campanas, según fueran avanzando las obras¹⁹.

Esta última opción también acabó descartándose. Fue entonces cuando se estudió la posibilidad de levantar ya una torre definitiva. El 7 de marzo de 1860, Miranda debía informar acerca de la conveniencia de edificar sobre los restos conservados de la antigua torre. Sin embargo, éste no se atrevió a dar una contestación tajante, dada la dificultad y dudas que ofrecía el proyecto, no sin antes practicar otro detenido reconocimiento en compañía de, al menos, otros dos arquitectos. Según Miranda, el tema de la torre era “un negocio de tanta gravedad é importancia” que iba a suscitar “necesariamente [...] la opinión pública dentro y fuera de esta Capital y ha de llamar la atención del Gobierno de S. M”. Por ello, el arquitecto se negó a emitir un informe en solitario y, por supuesto, a formar un proyecto de torre definitiva²⁰. Es más, ahora Miranda veía prácticamente imposible construir la nueva torre sobre el cuerpo bajo de la desplomada en 1841, debido a que aquél se encontraba “muy agrietado”, hallándose “destrozadas completamente las cornisas de los dos ángulos, rotos algunos sillares y algún desplome en la fachada que da á la Plazuela de Portugaete”²¹.

3. EL PROYECTO DE DOS NUEVAS TORRES PARA LA CATEDRAL DE VALLADOLID (1862). EL DISEÑO DE LA TORRE DEFINITIVA EN EL LADO DE LA EPÍSTOLA

Fue en ese momento, con la anterior petición de Miranda, cuando el arquitecto Jerónimo Ortiz de Urbina, elegido para resolver los problemas de la torre orensana, intervino directamente en la problemática surgida en Valladolid. Formó parte de una comisión que se reunió para determinar las soluciones adecuadas. Aquélla estuvo formada, además de por Miranda y Ortiz de Urbina,

¹⁷ *Id.*, 17 de diciembre de 1858.

¹⁸ *Id.*, 9 de abril de 1858.

¹⁹ *Id.*, 17 de diciembre de 1858.

²⁰ *Id.*, 7 de marzo de 1860.

²¹ *Ibid.*

por los arquitectos Antonio Iturralde (presidente de la Comisión Provincial de Monumentos de Valladolid) y Segundo de Rezola, ambos Arquitectos Diocesanos algún tiempo después²², y José Antonio Fernández Sierra, el más veterano de todos los arquitectos de la ciudad²³.

Posiblemente Ortiz de Urbina era el más preparado para llevar a cabo el trabajo encomendado. Y es que unos meses antes había firmado el proyecto de reparación de la torre de campanas de la catedral de Orense (7 de mayo de 1861). Incluso, en el tiempo en que se preparaba la documentación relativa a la torre vallisoletana se estaban ejecutando las obras en la capital gallega²⁴. Pero, y como ya nos preguntamos más arriba, ¿por qué Ortiz de Urbina en solitario y no cualquier otro arquitecto se encargó de la torre orensana? Desde fechas muy tempranas este profesional de la Arquitectura había dirigido diversos trabajos de reparación y restauración en conventos e iglesias parroquiales de la diócesis de Valladolid. En este sentido, hasta aquellos momentos cabía destacar especialmente su labor en torno a la reparación de la torre de la iglesia de los Santos Juanes, en Nava del Rey. Es más, fue a partir de 1857 cuando Ortiz de Urbina se hizo cargo del proyecto que planteaba la revisión de la espléndida torre de esta localidad vallisoletana, además de las restauraciones de la colegiata de San Antolín, en Medina del Campo, y de las iglesias parroquiales de Villanueva de las Torres, Velliza y Villanueva de Duero, todos ellos templos pertenecientes a la antigua vicaría de Medina del Campo²⁵.

Muy cercana en el tiempo al inicio de las obras en Nava del Rey, que se prolongaron durante años²⁶, se produjo la proposición del obispado de Orense al arquitecto. Por otro lado, a ello se unía que Ortiz de Urbina era Catedrático de la Escuela Profesional de Bellas Artes de Valladolid²⁷, institución donde se habían formado muchos de los maestros de obras que ejercían su profesión en el norte

²² DOMÍNGUEZ BURRIEZA, F. J., *El Valladolid de los Ortiz de Urbina. Arquitectura y urbanismo en Valladolid (1852-1936)*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 2010, p. 226, nota 381.

²³ “Expediente sobre la construcción de una torre en la Santa Iglesia Metropolitana de esta Ciudad, semejante á la que se desplomó en 1841”, ACVa, Torre de la Catedral, 6 de noviembre de 1861; ACVa, Libro de Actas del Cabildo, 1855-1864, 8 de noviembre de 1861, fol. 30r. Véase también MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., “La torre de la catedral de Valladolid”, en *Academia*, 81 (segundo semestre 1995), p. 97.

²⁴ Con todo preparado, el 2 de octubre el Cabildo daba a conocer el inicio de las obras. ACO, torre de campanas (reparación), caja 290, 2 de octubre de 1861. El proyecto de Ortiz de Urbina resultó un éxito, y dos décadas más tarde se indicaba que la torre no había sufrido ningún problema desde entonces. *Id.*, 10 de enero de 1885.

²⁵ DOMÍNGUEZ BURRIEZA, F. J., *Jerónimo...*, t. I, pp. 410-424.

²⁶ *Id.*, pp. 416-418 y 482-484.

²⁷ Desde mediados de 1859 dirigía la cátedra de Composición y Parte Legal de la Arquitectura en la Escuela de Maestros de Obras de Valladolid. DOMÍNGUEZ BURRIEZA, F. J., *El Valladolid...*, p. 38.

de España²⁸. Y es que con este mismo cargo era como desde el obispado se había presentado a Ortiz de Urbina. Sin menospreciar la calidad de los otros arquitectos, ¿quién mejor que él, el joven maestro de muchos de aquellos profesionales de la arquitectura de su tiempo, para salvar de la ruina buena parte del templo mayor de Orense? Las recomendaciones por parte de algún miembro del clero orensano o, incluso, de alguno de los dos arquitectos provinciales que habían informado sobre el estado de la torre también caben entre las razones que pudieron motivar la elección de Ortiz de Urbina para dicho trabajo. En este caso, el arquitecto murciano José María Ortiz había sido compañero suyo de aulas en la Escuela de Arquitectura de Madrid y debía de conocer, de buena mano, la habilidad y destreza de su colega, si no en esta clase de intervenciones sí en el arte de la Arquitectura en general²⁹.

Que un arquitecto como Ortiz de Urbina formara parte de la comisión que debía acometer las obras de la nueva torre de la catedral de Valladolid era, en principio, una garantía. Los trabajos desempeñados por la comisión fueron, según afirmaron sus propios componentes, absolutamente gratuitos. De hecho, además de apoyar los deseos del Cabildo, con todo lo que ello podía suponer a nivel profesional, quizás también les debía de parecer atractiva la idea de unir sus nombres a una de las arquitecturas más representativas del gran maestro Herrera.

“Los Arquitectos que suscriben, vecinos de esta Ciudad, tienen el honor de dar á V. E. I. las más expresivas gracias por haberles proporcionado la ocasión de ofrecer sus servicios para practicar el reconocimiento de la parte del Edificio Catedral sobre que ha de construirse la Torre que ha de sustituir á la que se desplomó en el año 1841 y formar el correspondiente presupuesto de su coste y redactar el pliego de condiciones facultativas bajo las cuales habrán de sacarse las obras á pública subasta. Estos trabajos facultativos, tales cuales les permiten sus

²⁸ Consúltese, a modo de ejemplo, el estudio acerca de la formación de muchos de los maestros de obras que trabajaron en Bilbao durante el último cuarto del siglo XIX y principios del XX. BASURTO FERRO, N., *Los maestros de obras en la construcción de la ciudad. Bilbao 1876-1910*, Bilbao, Diputación Foral de Bizkaia, 1999, pp. 75. No obstante, en Galicia existía la Academia Provincial de La Coruña, aunque ésta era de segunda clase, con lo que no tenía la facultad de formar a maestros de obras y directores de caminos vecinales como sí lo hacía la de Valladolid, de primera clase. Así, Sánchez García también señala cómo la mayoría de los maestros de obras que trabajaron en Galicia se formaron, dada su cercanía geográfica, en Valladolid o en Madrid. SÁNCHEZ GARCÍA, J. A., “Maestros de obras y aparejadores en la época contemporánea”, en SÁNCHEZ GARCÍA, J. A. y YÁNEZ RODRÍGUEZ, J. M. (eds.), *El aparejador y su profesión en Galicia. De los maestros de obras a los arquitectos técnicos*, Santiago de Compostela, Consello Galego de Colexios de Aparelladores e Arquitectos Técnicos, 2001, p. 147.

²⁹ Se le expidió el título de arquitecto el 22 de julio de 1852, tan sólo tres meses después que a Ortiz de Urbina. Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (en adelante, ASF), legajo 3/154; SANTAMARÍA ALMOLDA, M. R., “Bases documentales para el estudio de la teoría arquitectónica (1814-1858) en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando”, en *Espacio, Tiempo y Forma* (serie VII. Historia del Arte), 9 (1996), p. 243.

conocimientos, serán desempeñados gratuitamente por las consideraciones de patriotismo, religiosidad y amor al arte que profesan, honrándose los que suscriben en contribuir por ese medio á que pueda tener efecto la ejecución de una obra que V. E. I. emprende con tan decidida y loable fe. Lo decimos á V. E. I. en contestación á su comunicación del 6 del presente”³⁰.

Tan sólo unos días después, todos ellos indicaban la necesidad de abrir una zanja “al pie de los restos de la antigua [torre] y de la conservada en la parte opuesta”³¹. Los arquitectos, entre los que desde un principio parece que destacó Iturralde, pues fue él quien redactó buena parte de los documentos exigidos a la comisión, necesitaban que se descubriese “á trinchera abierta con la anchura de cinco pies el relex de las fachadas laterales de las dos Torres por su línea exterior”. Con ello pretendían asegurar el sitio más idóneo para levantar la nueva torre³².

Pese a ese protagonismo de Iturralde, la Diócesis propuso a Vicente Miranda como arquitecto director de las obras³³. Casi con total seguridad, poco después de abandonar Miranda el cargo de Arquitecto Municipal, en el verano de 1861, Iturralde debió de hacerse con la dirección de los trabajos. En este sentido, Martín González indica que, según el acta capitular de 11 de febrero de 1864, Iturralde era considerado arquitecto director³⁴. Y es que, tal y como hemos podido comprobar, este último ya había firmado en solitario, durante el primer y segundo semestre de 1863, varios presupuestos y pliegos de condiciones facultativas y económicas acerca de la cantería que debía utilizarse en la nueva torre (no citamos aquellos que formó Iturralde en 1864)³⁵. ¿Pudo

³⁰ “Expediente sobre la construcción...”, ACVa, Torre de la Catedral, 13 de noviembre de 1861. No obstante, como veremos más adelante, en el presupuesto se reservaba el pago de los honorarios al arquitecto director de la obra y a sus auxiliares. En este caso, Iturralde recibió, a finales del mes de diciembre de 1863, 9.000 reales en concepto de honorarios (pese a que damos cuenta de ello a continuación, tras abandonar Miranda el cargo de Arquitecto Municipal, el de San Sebastián debió de quedar al frente de las obras de la torre). Esto mismo quedó reflejado a través de las notas de pago que justificaron el gasto de los 200.000 reales que el Gobierno había entregado para construir, en un principio, la torre provisional (*Id.*, 1 de julio de 1864). La confirmación de la recepción del dinero por parte de Iturralde se realizó acto seguido. *Id.*, 19 de diciembre de 1863. A partir de ahí, el arquitecto continuamente recibió las cantidades correspondientes. A modo de ejemplo, en marzo y junio de 1864, 4.500 y 3.876 reales, respectivamente. *Id.*, 31 de marzo de 1864; 30 de junio de 1864.

³¹ ACVa, Libro de Actas del Cabildo, 1855-1864, 16 de noviembre de 1861, fol. 30v. Doc. cit. y parcialmente transcrito en MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., *ob. cit.*, pp. 97 y 98.

³² “Expediente sobre la construcción...”, ACVa, Torre de la Catedral, 13 de noviembre de 1861. Queda claro, como ya indicó Martín González, que la nueva torre se pensaba levantar en el lado de la Epístola. MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., *ob. cit.*, p. 98.

³³ “Expediente sobre la construcción...”, ACVa, Torre de la Catedral, 19 de noviembre de 1861.

³⁴ MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., *ob. cit.*, p. 99. A nuestro modo de ver, Iturralde pudo ser el que levantara el plano fechado el 22 de marzo de 1862.

³⁵ “Presupuesto y pliego de condiciones facultativas y económicas de la cantería de la Torre de la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad de Valladolid”, ACVa, Torre de la Catedral, 20 de agosto de 1863; “Presupuesto y pliego de condiciones facultativas y económicas para la labra y

también haber tenido en algún momento Ortiz de Urbina la oportunidad de dirigir las obras de la torre en lugar de Iturralde? Creemos que no, aunque sí es cierto que el propio Ortiz de Urbina, codirector de las obras del teatro Calderón de la Barca (desde 1863), junto a Jerónimo de la Gándara, admitió que la gran cantidad de trabajo que le había supuesto el coliseo vallisoletano, incluso con posterioridad a la inauguración del mismo, se había convertido en la razón fundamental por la que tuvo que abandonar sus obligaciones en torno a la construcción de la torre de la catedral³⁶.

Parte del resultado de los trabajos realizados ya fue analizado en su día por Martín González³⁷, que dio a conocer un plano firmado por cada uno de los miembros de la comisión, el 22 de marzo de 1862, y al que se añadió, también, el visto bueno de Epifanio Martínez de Velasco, como Arquitecto Provincial³⁸ (fig. 2).

Martínez de Velasco ya había sido encargado, en 1848, para informar acerca de la posibilidad de la reconstrucción de la torre y los gastos que dichas obras habrían de originar³⁹. Pero su trabajo fue más contundente. El arquitecto realizó un proyecto de torre en el que se incluyeron una serie de planos y un presupuesto. Martín González se percató de ello, pese a no profundizar más en el tema, tras observar en las actas capitulares que el arquitecto reclamaba, en 1863, sus honorarios por unos trabajos similares y que no tenían relación con lo llevado a cabo por la comisión al completo⁴⁰. La reclamación de dichos honorarios se produjo, por primera vez, el 14 de noviembre de 1859. En ese documento Martínez de Velasco dejaba claro “[...] Que por el Ilmo. Deán y Cabildo de esta Sta. Iglesia se le encargó el levantamiento de planos y presupuesto de gastos para la reedificación de la Torre de esta Catedral, por no haber sido aprobados los presentados por el Arqtº. D. José Fernández Sierra”⁴¹. Curiosamente, como Martínez de Velasco afirmaba, ni tan siquiera habría sido

asiento de la cantería de la Torre de la Santa Iglesia Catedral”, ACVa, Torre de la Catedral, 10 de julio de 1863; “Presupuesto de una parte de cantería de la Torre de la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad”, ACVa, Torre de la Catedral, 16 de noviembre de 1863. Además, tenemos también las notas de pago que se extendieron y de las que ya hemos dado cuenta más arriba.

³⁶ “Comunicación de Urbina referente a sus honorarios”, Archivo Municipal de Valladolid (en adelante, AMVa), Teatro Calderón, caja 45 (3), 10 de agosto de 1866. Doc. transcrito en DOMÍNGUEZ BURRIEZA, F. J., *El Valladolid...*, pp. 242 y 243.

³⁷ El primero en citar esta comisión fue Chueca Goitia, aunque el arquitecto adelantó la formación de aquella hasta el año, aproximadamente, de 1850. CHUECA GOITIA, F., *La catedral de Valladolid. Una página del siglo de oro de la arquitectura española*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1947, p. 58.

³⁸ MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., *ob. cit.*, p. 98.

³⁹ *Id.*, p. 97.

⁴⁰ *Id.*, p. 98.

⁴¹ “Expediente sobre reclamación hecha por el Arquitecto D. Epifanio Martínez por los honorarios devengados por el plano y presupuesto de la Torre de la S. I. M.”, ACVa, Torre de la Catedral, 14 de noviembre de 1859.

el suyo el primero de los proyectos propuestos, sino que Fernández Sierra, que tiempo después formó parte de la citada comisión de arquitectos, ya había presentado otro que no obtuvo la suficiente aceptación y sobre el que no parece que se precisase detalle alguno⁴².



Fig. 2. *Proyecto de construcción de dos torres para la catedral de Valladolid*. Jerónimo Ortiz de Urbina, Antonio Iturralde, José Antonio Fernández Sierra, Vicente Miranda y Segundo de Rezola. 22 de marzo de 1862. Archivo de la Catedral de Valladolid.

Aunque ya se conocía el plano firmado el 22 de marzo de 1862, es ahora cuando hemos logrado localizar la memoria, el presupuesto y las condiciones facultativas de los trabajos defendidos por los cinco arquitectos⁴³. El resultado, pese a que en el plano figuran dos torres flanqueando la fachada principal de la catedral, fue una torre en el lado de la Epístola, es decir, opuesta a la derruida en

⁴² Si no fue el de Martínez de Velasco, pese a tratarse de lo más probable (en marzo de 1851 se indicaba que los honorarios de Martínez de Velasco se pagarían cuando se librasen fondos para la realización de las obras. *Id.*, 17 de marzo de 1851), tal vez sí el de Fernández Sierra se aproximara a la fecha de 1850. En este caso, el trabajo que Chueca Goitia relacionaba con la Comisión, aproximadamente en torno al año 1850, pudo haber correspondido a la labor de cualquiera de estos dos arquitectos.

⁴³ Toda la documentación, como el plano al que hizo referencia Martín González, se presentaba el 22 de marzo de 1862. "Expediente sobre la construcción...", ACVa, Torre de la Catedral, 22 de marzo de 1862.

1841 -en el lado del Evangelio-. Ésta pretendía seguir, al menos en sus dos primeros cuerpos, lo diseñado por Herrera (el primer cuerpo se mantenía y en lugar del segundo, también macizo, se incluía el de los cuatro vientos). El remate de la torre, ya su tercer cuerpo, volvería a ser otra vez ochavado. Éste, que debía cubrirse por una cúpula de paños, se inspiraba en la variación que en las primeras décadas del siglo XVIII, con la conclusión de la anterior torre del Evangelio, se había llevado a cabo sobre lo proyectado por Herrera. Conocemos esa antigua torre que había desvirtuado el proyecto herreriano, entre otras fuentes, gracias al grabado de Fournier y al dibujo de Isidoro Domínguez Díez, así como por los dibujos de la torre que Ventura Rodríguez preparó para el enzunchado de ésta en 1761⁴⁴ (fig. 3) o la maqueta que a finales del siglo XVIII elaboró el pintor y dorador Manuel Alonso Abril⁴⁵. En este sentido, pese a ser “incompatible con lo herreriano”⁴⁶, en la segunda mitad del siglo XVIII ese cuerpo ochavado tal vez no debió de ser considerado “demasiado discordante” respecto del proyecto de Herrera⁴⁷.

Lo primero que los arquitectos llevaron a cabo fue un concienzudo estudio acerca de la estabilidad del cuerpo bajo de la antigua torre. El propósito era averiguar si aquél podía reutilizarse y soportar, así, los nuevos cuerpos que debían ahora construirse. Las conclusiones no fueron demasiado positivas. Los arquitectos certificaron que la ruina de la torre se debió “a un desplome causado por el giro sobre la línea del cimiento de la frente que da á la Plazuela, arrastrando la mitad de las frentes principal y testero y por la discontinuidad que crea la grieta que aún existe en los vanos situados en el medio de la línea de la fachada principal”⁴⁸. Es más, el informe aclaraba cómo los problemas de los cimientos se habían agudizado a causa de la mala construcción del muro que daba a la plazuela de Portugaleta, deficiencias que ya habían sido observadas, en opinión de éstos, por Ventura Rodríguez. Según el análisis practicado por los

⁴⁴ Aunque ya se encargó de publicarlo Chueca Goitia (CHUECA GOITIA, F., *ob. cit.*, lám. XVI), el plano *facsimil* de Ventura Rodríguez se ha publicado en SAMBRICIO, C. y otros, *Informe que hizo el Arquitecto de S. M. D. Ventura Rodríguez, en el año de 1768, de la Santa Iglesia de Valladolid. Planos de las intervenciones de Ventura Rodríguez en la S. I. Catedral y en el Palacio de Santa Cruz de Valladolid*, Valladolid, Colegio Oficial de Arquitectos de Valladolid, 1987.

⁴⁵ Sobre algunos datos biográficos de Alonso Abril véase REDONDO CANTERA, M. J., “La Catedral de Valladolid y su maqueta (1780-1795)”, en *Homenaje al profesor Martín González*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1995, p. 228.

⁴⁶ BUSTAMANTE GARCÍA, A., “Juan de Herrera. El Escorial y la catedral de Valladolid”, en *Tiempo y espacio en el arte. Homenaje al profesor Antonio Bonet Correa*, t. I, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, D. L., 1994, p. 426.

⁴⁷ REDONDO CANTERA, M. J., *ob. cit.*, p. 231.

⁴⁸ Todas las conclusiones y propuestas de los arquitectos quedan reflejadas en el informe que emitían el 22 de marzo de 1862. “Expediente sobre la construcción...”, ACVa, Torre de la Catedral, 22 de marzo de 1862, fols. 19-24r.

arquitectos, aquel muro estaba formado por “unos paramentos de sillería de corto tamaño y escaso tizón, rellenos de mampostería, de piedras duras, francas y molazo con mal asiento y mezcla, careciendo por lo mismo en todos sus puntos del enlace necesario”.

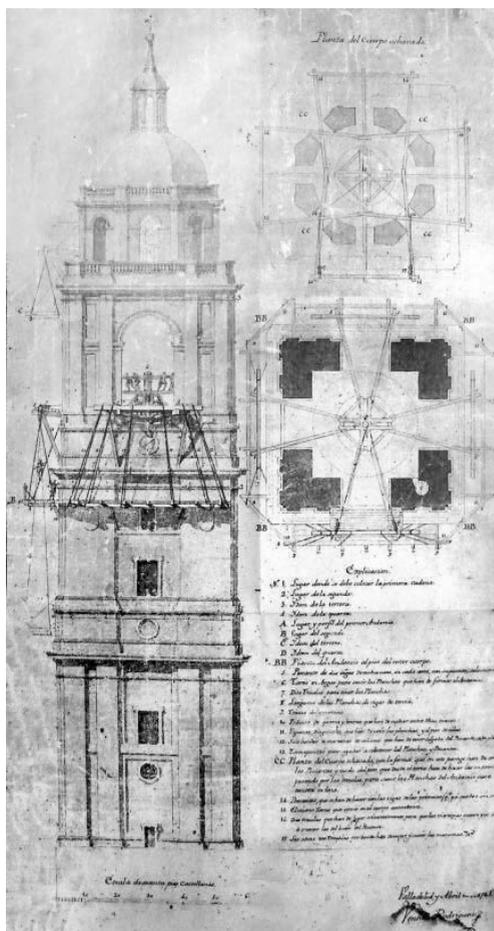


Fig. 3. Proyecto de enzunchado de la torre de la catedral de Valladolid. Ventura Rodríguez. 1761 (SAMBRICIO, C. y otros, *Informe... 1768*, Valladolid, 1987).

Finalmente, se olvidó la idea de reconstruir la torre sobre el mismo lugar⁴⁹. Dos fueron las razones principales: una, porque los trabajos de desmonte y fortificación de lo todavía en pie iban a resultar excesivamente costosos, y dos, porque a nivel constructivo los arquitectos consideraban que continuar con exactitud la misma línea de los cimientos antiguos era una tarea harto

⁴⁹ Sobre los restos de la antigua torre se pretendió realizar un exiguo trabajo de reparación con el objeto, tan sólo, de eliminar su aspecto ruinoso. *Id.*, fols. 23v. y 24r.

complicada que se prefería obviar. Además, sus observaciones se fijaron también en la disposición y constitución del atrio de la catedral y la desventaja que este hecho suponía para la reconstrucción de la antigua torre, dado que, y como ellos mismos explicaban,

“la cara de la Torre que da á la Plazuela de Portugalete se halla quince pies más baja que la del otro lado. Y como la capa de terreno sobre el cual carga la torre es más delgada en esta línea, es evidente que la Torre colocada á la derecha del atrio, ó sea la situada en el punto en que estuvo, gravaría siempre más por su mayor peso y altura á una planta de menor resistencia”.

Consecuentemente, la comisión propuso construir una nueva en el costado izquierdo del pórtico, sobre la capilla de San Miguel. En este sentido, los arquitectos no dejaron de apoyarse en que según los planos primitivos del templo, los de Herrera, dos torres debían flanquear dicho pórtico. No obstante, en todo momento reconocieron la buena disposición de la antigua construcción, la que, según ellos, ofrecía mejores ventajas urbanísticas “porque da a una gran plazuela y á dos calles que proporcionaban buenos puntos de vista”.

Debido al “mucho descuido en la calidad y asiento de la mampostería” en el punto donde había de levantarse la nueva torre, además del desigual refrentado de sillería en aquella parte de la catedral, según los arquitectos “tan útil á la conservación de los muros”⁵⁰, la propuesta facultativa fue reducir “en lo posible la altura de la que haya de edificarse, siempre que esto pudiese verificarse sin perjudicar la unidad y decoración propias de este monumento”⁵¹. Por ello, se prefirió eliminar el segundo cuerpo proyectado por Herrera (fig. 4) e incluir sobre el bajo el de los cuatro vientos, manteniéndose el mismo cuerpo ochavado de la antigua torre como remate de la misma. En este último caso, los arquitectos argumentaron que el hecho de haberse incluido aquel cuerpo ochavado en su momento había respondido a un cambio de costumbres a la hora de colocar las campanas.

“En el siglo XVI y principios del siguiente se colocaron ordinariamente las campanas en lo interior de las Torres; de suerte que el cuerpo de los cuatro vientos fue indudablemente designado por Herrera para situarlas. Pero habiéndose introducido con posterioridad la costumbre de colgarlas en los macizos de los muros para poderlas echar á vuelo, de ahí la necesidad de un cuerpo con arcos menores y en mayor número, el cual colocaron, como era natural, encima de todos los demás. Ni extrañará esta alteración del plan primitivo de Herrera el que observe las que en la parte superior de la fachada del cuerpo de la nave se permitió hacer Churriguera”⁵².

⁵⁰ Los facultativos no dudaron en admitir que aquello se debía a que finalmente se había desistido de construir una torre en aquel lugar. *Id.*, fol. 21v.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Id.*, fol. 22r.

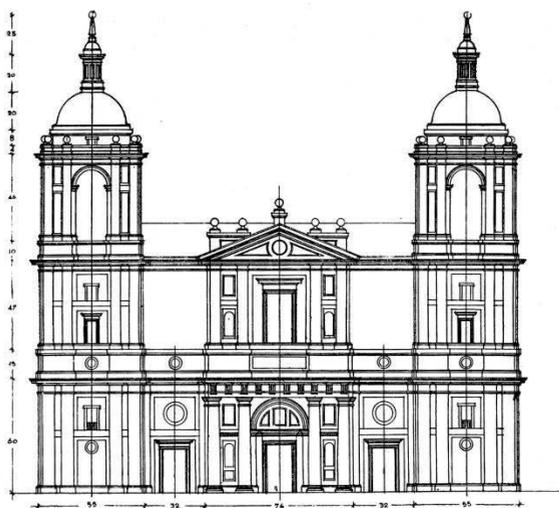


Fig. 4. Dibujo de la fachada principal de la catedral de Valladolid según el proyecto de Juan de Herrera. Fernando Chueca Goitia, *La catedral de Valladolid. Una página del siglo de oro de la arquitectura española*, Madrid, 1947, p. 123.

Por un lado se criticaba la alteración de lo proyectado por Herrera, pero al mismo tiempo se justificaba, dado que ellos también iban a adoptar una postura similar. Es más, señalaban que la decoración de ese segundo cuerpo de Herrera también había sido modificada con su construcción, algo que, al menos según los testimonios gráficos que poseemos, no parece que hubiese sido así. Con todo, los arquitectos señalaron que la nueva torre iba a tener la misma altura que la proyectada en su momento por el ilustre arquitecto del XVI⁵³.

El proyecto continuó vigente hasta su práctica materialización total en 1885, cuando Iturralde presentó una reforma del mismo -más bien una continuación de lo proyectado y ya ejecutado- que resultaría significativa, tal y como desarrollamos ahora, para la configuración de la imagen de la torre que hoy día poseemos.

El diseño facultado por los arquitectos no funcionó todo lo bien que hubiera cabido esperar. Su aplicación había tenido errores y ninguno de los arquitectos que formaron la Comisión se había percatado de ello. Así, años más tarde y con Antonio Iturralde en solitario, ya como Arquitecto Diocesano al frente de las obras, se acabó por reconocer algunos de los fallos cometidos en 1862. En efecto, cuando en algún momento del segundo semestre de 1883 o principios de 1884 comenzó a erigirse el cuerpo de campanas, todo el mundo pudo apreciar cómo existía una considerable desproporción entre la torre y las dimensiones de la catedral. Por desgracia, ésta resultaba excesivamente chata⁵⁴.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ Aunque la prensa no ofrece noticias sobre el desarrollo de las obras entre junio de 1883 y marzo de 1884 (Ortega del Río señala que no hubo actividad hasta marzo de 1884, con la llegada

“La causa de la desproporción que se nota es que habiéndola empezado Herrera con relación á un templo de mucho mayores dimensiones que las que tiene hoy, y habiendo además trazado cuatro torres cuadradas en sus cuatro ángulos tiene la que se construye cerca de diez y seis metros de ancho en cada uno de sus frentes, y siendo única y quedando el templo á la mitad poco más de su longitud según los planos, no presenta á la vista en su altura la proporción correspondiente al grueso ó ancho referido, y de cualquier punto que se la mire aparece chata, ya que su altura actual excede tan sólo en tres metros escasos al duplo de su ancho. El cuerpo octógono campanario añadido, según el plano de D. Ventura Rodríguez ha de tener sólo unos siete metros de manera que si mirado en si mismo guarda relación con los dos cuerpos inferiores, ni dará al conjunto la esbeltez necesaria, mucho más no habiendo en el frente una plaza para que resulte un ángulo visual abierto que dé perspectiva al conjunto.

Otra de las causas es que al formar el expediente, planos y presupuesto en 1862, se creyó conveniente suprimir un cuerpo cerrado, que en el plano de Herrera había debajo del abierto con arcos que se ha construido, resultando ahora que la prolongación suprimida hace falta para la armonía del conjunto”⁵⁵.

Con las primeras piedras de dicho cuerpo de campanas ya el Arzobispo de Valladolid, Benito Sanz y Forés, apreció que la nueva torre iba a quedar muy baja y que en ningún momento iba a guardar las proporciones debidas al conjunto catedralicio. En otras palabras, la torre no iba a destacar del resto de la fábrica. Por ello, Iturralde se encargó de proponer un tercer cuerpo que en principio habría de seguir en planta el del bajo ideado por Herrera. Se repetirían en la torre, por tanto, dos módulos con igual diseño. Con ello, evidentemente, se ganaba en altura, pero la propuesta fue rechazada por varias razones. Por un lado, se pensó que dicha solución, con el mismo ancho que los cuerpos inferiores, no haría más esbelta a la torre. Por otro, además de no ofrecer buena perspectiva, el construir sobre un cuerpo abierto, como el de los cuatro vientos de Herrera, traería problemas de estabilidad y habría de costar más dinero y tiempo para verla concluida. De ahí que el propio Sanz y Forés -siempre según este documento- fuera el que propusiera la idea que finalmente se materializó. Es decir, la elevación sobre el segundo cuerpo -de base cuadrada-, de uno nuevo de planta octogonal y con la misma altura que el cuadrangular que había sido propuesto por Iturralde y que se había rechazado. Este tercer cuerpo se prolongaría hasta un cuarto y último nivel, siempre de planta

del buen tiempo. ORTEGA DEL RÍO, J. M., *El siglo en que cambió la ciudad. Noticias artísticas de la prensa vallisoletana del XIX*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 2000, p. 198), en el mes de abril de ese último año el Arzobispado indicaba, sin dar una fecha concreta, que el contratista Vicente Alonso había iniciado las obras y “continuado sin interrupción” hasta el arranque del cuerpo de campanas, “1883. Terminación de la torre de la Sta. Iglesia Metropolitana”, ACVa, Reparación de Templos y Conventos (en adelante R.T.C.), 1894-1911 (13), 15 de abril de 1884.

⁵⁵ “1883. Terminación...”, ACVa, R.T.C., 1894-1911 (13), 15 de abril de 1884.

octogonal⁵⁶. Tal proyecto fue aprobado por unanimidad por la Junta Diocesana el 29 de mayo de 1885, tal y como declaraba Iturralde el 12 de julio de 1885. De hecho, el arquitecto afirmaba que ya en ese momento se encontraban cerrados “los ocho huecos de campanas que constituyen el cuerpo octógono y además dos hiladas generales sobre la clave conforme representa el plano n.º 1”⁵⁷. Por tanto, lo proyectado en un primer momento por Ortiz de Urbina, Rezola, Fernández Sierra, Miranda e Iturralde ya se había hecho. Faltaba sólo la prolongación de ese último cuerpo para conformar lo que sería la gran torre octogonal que vemos hoy (fig. 5) y que no se concluiría hasta 1897⁵⁸, rematada entonces con una cubierta provisional⁵⁹.



Fig. 5. Estado actual de la fachada principal de la catedral de Valladolid (fotografía del autor).

El presupuesto estimado por los arquitectos fue muy elevado. Evidentemente, éste tan sólo se ajustaba para el caso de que se construyesen las dos torres flanqueando la fachada principal de la catedral. Nada menos que

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ “1883. Terminación...”, ACVa, R.T.C., 1894-1911 (13), 12 de junio de 1885.

⁵⁸ MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., *ob. cit.*, p. 102.

⁵⁹ ORTEGA DEL RÍO, J. M., *ob. cit.*, p. 203.

7.810.370 reales de vellón (3.429.616 reales para la torre del lado del Evangelio y 4.380.754 reales para la de la Epístola)⁶⁰. En sí, el trabajo de los arquitectos respondía al pensamiento de todos los estamentos artísticos establecidos en la ciudad de Valladolid. Todos ellos estaban representados en aquel quinteto: Academia, Comisión Provincial de Monumentos, Escuela de Maestros de Obras, Ayuntamiento y Diputación⁶¹. En aquellos momentos no podía haber otra opinión conjunta diferente a ésta. No cabía discusión alguna, por lo que dichos profesionales pudieron haberse convertido, y en cierto modo así fue, en los padres de la nueva imagen contemporánea de la catedral. La Junta Diocesana no permitió que se pasase por alto el trabajo realizado por los arquitectos, felicitando a todos ellos con unas palabras que, por otra parte, entonaban con la galante retórica de la época.

“[...] Que por de pronto, se den las más expresivas gracias á los referidos Arquitectos por el esmero y pericia con que han hecho los mencionados trabajos [plano, memoria del proyecto, presupuesto y condiciones facultativas] y por la nobleza y generosidad con que por medio de ellos cooperan á que se construya la torre de que se trata, habiéndolos evacuado gratuitamente por patriotismo, religiosidad y amor al arte que profesan; y que, sin perjuicio de resolver en la próxima sesión lo que proceda, se unan la memoria, presupuesto y pliego de condiciones á este expediente, y que corra agregado al mismo, á los fines conducentes, el plano colocado, del mejor modo posible, en un bote de hoja de lata con su rótulo correspondiente”⁶².

Como decimos, pese a las buenas intenciones mostradas desde un principio, la idea primigenia de levantar dos torres fue demasiado ambiciosa. La Junta Diocesana decidió levantar, así, tan sólo una, la del lado de la Epístola, siguiendo entonces las recomendaciones de la propia Comisión⁶³. En cualquier caso, desde el Ministerio de Gracia y Justicia se devolvió el proyecto para que el presupuesto se rebajase hasta los 941.814 reales, cantidad en la que ya se incluían los 200.000 reales que habían sido entregados, con anterioridad, para construir la torre provisional⁶⁴. Los arquitectos, entre los cuales ya no se

⁶⁰ A estas cantidades había que sumar 82.210 reales de vellón para la reparación de las cornisas del primer cuerpo de la torre. “Expediente sobre la construcción...”, ACVa, Torre de la Catedral, 22 de marzo de 1862, fols. 25-27r.

⁶¹ Aun así, dicha representación no fue ni mucho menos oficial. De hecho, así lo reconoció la Academia de la Purísima, que en abril de 1884 indicaba que pese a que los miembros de la Comisión eran todos académicos, a excepción de Miranda, la Junta Diocesana les había consultado y solicitado su dictamen “no como Académicos, sino como Arquitectos ó personas competentes para el objeto de la consulta, de modo que la Academia no fue consultada en ninguna forma ni hasta ahora ha tenido la menor intervención en este asunto”. *Id.*, 7 de abril de 1884.

⁶² *Id.*, 29 de marzo de 1862. Hoy día, ese plano que dio a conocer Martín González se encuentra en la misma torre de la catedral, en la sede de su archivo, enmarcado y arrinconado.

⁶³ *Id.*, 2 de abril de 1862.

⁶⁴ *Id.*, 1 de junio de 1862.

contaba Miranda, que había dimitido del cargo de Arquitecto Municipal, ni Martínez de Velasco, que tan sólo había dado el visto bueno al proyecto como Arquitecto Provincial, vieron aquel mandato del todo imposible, e insistieron en que podría llegar a alcanzarse la cantidad de dinero necesaria a través de donativos, del Ayuntamiento, de las subastas o de cualquier otro fondo del que pudiera disponer la Junta Diocesana⁶⁵.

En 1864, las obras se paralizaron⁶⁶. Con cautela, poco a poco, se hizo frente a los pagos de los trabajos realizados hasta aquella fecha. En este sentido, sabemos también que Iturralde presentó un informe, hoy todavía sin localizar, sobre el estado en que se hallaban las obras en marzo de 1864⁶⁷. Pero a finales de 1863 la prensa afirmaba que los trabajos en la torre todavía no se habrían iniciado. Así, tan sólo se habrían ido acumulando los materiales necesarios, piedra fundamentalmente, en determinadas zonas, como la plazuela de Santa María⁶⁸. El último empujón se dio en 1883, con la decisión de finalizar las obras de la torre por parte de Antonio Iturralde – ya en 1897, como hemos visto con anterioridad –, para lo que se formó un interesante expediente del que ya hemos dado cuenta más arriba⁶⁹. En cualquier caso, la idea definitiva de la construcción ya había surgido con fuerza a finales de 1878⁷⁰.

Concluida la torre, décadas más tarde la crítica reconocería que el resultado obtenido no había sido todo lo exitoso que hubiera cabido esperar⁷¹.

⁶⁵ *Id.*, 21 de agosto de 1862. En este caso, se hizo todo lo posible para que el Gobierno librase los 941.814 reales hasta que se consiguiera, con el tiempo, el dinero necesario para el resto de las obras. *Id.*, 3 de septiembre de 1862.

⁶⁶ MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., *ob. cit.*, 99.

⁶⁷ “Expediente sobre la construcción...”, ACVA, Torre de la Catedral, 21 de marzo de 1864.

⁶⁸ *La Crónica Mercantil*, 20 de diciembre de 1863, p. 3. Doc. cit. en ORTEGA DEL RÍO, J. M., *ob. cit.*, p. 194. En este sentido, incluso el ya citado artículo de Martín González tomó como referencia la información dada por González García-Valladolid, según la cual la construcción de la torre se había iniciado en el año 1880 bajo planos de Iturralde (como hemos visto más arriba, todavía se estaría siguiendo el proyecto formado en 1862, aunque aquí se haga alusión a un proyecto de Iturralde diferente de aquél). GONZÁLEZ GARCÍA-VALLADOLID, C., *Valladolid, sus recuerdos y sus grandezas: Religión, Historia, Ciencias, Literatura, Industria, Comercio y Política*, t. I, Valladolid, Imprenta de Juan Rodríguez Hernando, 1900, p. 341.

⁶⁹ “1883. Terminación...”, ACVA, R.T.C., 1894-1911 (13).

⁷⁰ MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., *ob. cit.*, p. 99. Sobre el resto de la obra, ya con Iturralde como Arquitecto Diocesano y, lógicamente, Arquitecto Director, cabe citar “Catedral. 1879. Continuación de las obras de la Torre”, “1880. Torre de la Catedral”, ACVA, Torre de la Catedral; “1883. Terminación de la torre...”, ACVA, R.T.C., 1894-1911 (13).

⁷¹ A modo de ejemplo, citamos las palabras de otro arquitecto. Según Juan Agapito y Revilla, Arquitecto Municipal de Valladolid durante las primeras cuatro décadas del siglo XX, “tiempos modernos vieron levantar la torre SE (1880-85), en la que más valiera que no se hubiese pensado”. AGAPITO Y REVILLA, J., *Guía de Valladolid: dedicada a los congresistas por el comité local*, Valladolid, Tipografía Cuesta, 1915, p. 114.

Para finalizar, a través del pliego de condiciones facultativas que Ortiz de Urbina, Fernández Sierra, Miranda, Iturralde y Rezola firmaron junto al visto bueno de Martínez de Velasco, conocemos los pormenores del proyecto⁷². El primer paso era desmontar la parte de cubierta necesaria que permitiría preparar la correcta formación de los primeros muros de la torre, de sillería en sus caras interior y exterior y de mampostería concertada en su espesor. Ésta, que se pensó ubicar cerrando una de las capillas del templo -la de San Miguel-, vería roto un trozo de su bóveda con el fin de facilitar la movilidad y el acceso de los materiales a cualquier punto de la obra. Además, también según las condiciones facultativas, la parte de escalera del primer cuerpo de la torre sería de ida y vuelta, con los peldaños empotrados en los muros. El segundo cuerpo, como el tercero, se levantaría en sillería, y su escalera, ya no de ida y vuelta, trataría un esquema de caracol. Sin duda, la piedra era la protagonista fundamental de la obra, extendiéndose, incluso, a las bóvedas y a la linterna que coronaría el cuerpo octogonal. En este sentido, se acordó usar la piedra caliza de Villanubla para la sillería lisa y la de Mucientes para las cornisas, las arquivoltas y todas aquellas piezas que precisasen ser molduradas. A pesar de todo, el director de la obra tuvo la libertad de escoger otros tipos de piedra, además de otras canteras, siempre y cuando la calidad de lo elegido superase a lo ya propuesto.

⁷² “Expediente sobre la construcción...”, ACVa, Torre de la Catedral, 22 de marzo de 1862, ff. 28-31.